

Esta es una pequeña muestra  
del libro *El cielo es un mundo de amor*.

Para conseguir el libro completo y conocer más  
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

[www.poiema.co](http://www.poiema.co)

O comunícate con nosotros al correo:

[info@poiema.co](mailto:info@poiema.co)



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

*El cielo es un mundo  
de amor*

---

JONATHAN EDWARDS

*Prólogo por  
Sam Storms*



Mientras lees, comparte con otros en redes usando

## #ClásicosPoema

*El cielo es un mundo de amor*

Jonathan Edwards

© 2026 por Poema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Heaven Is a World of Love* © 2022 por Crossway.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de La Nueva Biblia de las Américas © 2005, por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla RVC han sido tomadas de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea* © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-44-8

SDG

# Contenido

Prólogo	5
Prefacio de la serie	17
Breve biografía de Jonathan Edwards	21
<i>El cielo es un mundo de amor</i>	27
Notas	115
Índice de las Escrituras	117



# Prólogo

*“Esfuézate por hacerte una idea de la vanidad de este mundo... Esfuézate por familiarizarte grandemente con el cielo”.*

*Jonathan Edwards*

NO PUEDO PENSAR EN NADIE que haya sido más productivo que Jonathan Edwards a lo largo de su vida terrenal. No hace falta más que mirar los veintiséis tomos de la edición de Yale University Press de sus obras para verificar esta realidad. Esto ni siquiera toma en cuenta el tremendo número de sermones que no han sido publicados

todavía, pero que espero que algún día estén a nuestra disposición.

Cito esto respecto a Edwards solo para refutar el tan repetido cliché de que algunas personas tienen la mirada tan puesta en el cielo que no son de ninguna utilidad en esta tierra. Los logros terrenales de Edwards pueden vincularse directamente con su enfoque (me atrevo a decir, obsesión) en la gloria del cielo que él mismo aún no había experimentado. Edwards estaba encantado con la visión de la felicidad eterna que le espera al pueblo de Dios. Muchos han escrito sobre este tema, pero nadie con la claridad y la convicción que encuentro en Edwards. Confío en que este tomo dé testimonio de la verdad de mi conclusión.

Sin embargo, sigue habiendo muchos que afirman que contemplar aquel “todavía no” venidero solo limita nuestra energía y devoción a las grandes y variadas necesidades que enfrentamos

en esta vida, en esta tierra. La vida y el ministerio de Edwards son un testimonio perdurable de la conclusión opuesta. Él estaba convencido, al igual que yo, de que nuestra capacidad para satisfacer nuestra alma y alegrar nuestro corazón en esta vida viene, sobre todo, de mirar fijamente aquello que no podemos ver. La fuerza para soportar las dificultades ahora viene de reflexionar en la promesa de aquella felicidad eterna en el siglo venidero. Los que estudian los escritos del apóstol Pablo a menudo se han maravillado de su notable habilidad para perseverar bajo las peores circunstancias imaginables de la vida, ya fueran persecuciones, calumnias, cárceles o múltiples azotes. Pablo mismo nos indicó la solución a este dilema. “No desfallecemos”, les escribió a los corintios, sin importar lo que hayamos sido llamados a sufrir. De hecho, “aunque nuestro hombre exterior va decayendo, sin embargo nuestro hombre interior se renueva de día en

día”. Y nosotros preguntamos: ¿cómo puede ser esto? Solo puede ser “al no poner nuestra vista en las cosas que se ven, sino en las que no se ven. Porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas” (2Co 4:16-18).

Pablo nos recuerda rápidamente que “nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también ansiosamente esperamos a un Salvador, el Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de nuestro estado de humillación en conformidad al cuerpo de Su gloria, por el ejercicio del poder que tiene aun para sujetar todas las cosas a Él mismo” (Fil 3:20-21). Por tanto, no es de sorprender que nos anime a poner “la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col 3:2). Precisamente la seguridad de que seremos “manifestados con Él en gloria” (v4) fue lo que fortaleció la determinación de Pablo (y la nuestra) de mantenerse vigilante en esta vida para redimir toda oportunidad de recompensa para el siglo venidero. No

podemos ignorar la realidad de que debemos dar pasos para intensificar en nuestro corazón un anhelo por la belleza y la satisfacción de la vida eterna en la presencia de nuestro Salvador.

El mayor gozo que nos espera se encuentra en la promesa de Apocalipsis 22:4, de que “[veremos] Su rostro”. La seguridad de esta visión beatífica, como la describen comúnmente los teólogos, nos da el combustible espiritual para energizar nuestro compromiso en esta vida y nuestra perseverancia ante las dificultades y las privaciones.

El apóstol Pablo se vio acompañado en esta perspectiva por Pedro, quien nos recuerda que el propósito supremo de nuestro nuevo nacimiento es que podamos aferrarnos a “una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, inmaculada, y que no se marchitará, reservada en los cielos para” nosotros (1P 1:3-4). Por si esto

no fuera suficiente, Pedro exhorta a continuación a sus lectores con estas palabras: “Pongan su esperanza completamente en la gracia que se les traerá en la revelación de Jesucristo” (v13).

También recordamos a Abraham y a los demás patriarcas que fueron sustentados en su peregrinaje terrenal por la esperanza de “la ciudad que tiene cimientos” (Heb 11:10). La incansable determinación que tuvieron ante una multitud de pruebas estuvo motivada por su anhelo por “una patria mejor, es decir, la celestial” (v16).

¿Por qué? ¿Qué tiene la promesa de la vida eterna en un cielo nuevo y tierra nueva que produce esta clase de perseverancia en nuestra vida cristiana? Si parafraseamos a Edwards, por más satisfactoria y gozosa que pueda ser la vida presente en la tierra, lo que vemos, percibimos y disfrutamos en esta vida, no es más que una sombra momentánea, comparada con la sustancia de Dios mismo. Los gozos terrenales son destellos

que iluminan, dice Edwards, pero Dios es el sol. La comodidad terrenal es, en el mejor de los casos, un trago de agua de un manantial intermitente, pero Dios es el océano.

Muchos que hoy sufren de maneras que ni siquiera podemos comprender, reciben el poder para permanecer fieles, seguros de que “los sufrimientos de este tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que nos ha de ser revelada” (Ro 8:18). El escritor anónimo de los Hebreos nos recuerda que la capacidad emocional y espiritual para sobrellevar la lucha por seguir a Cristo en esta vida, está fundamentada en la expectativa de la “ciudad que está por venir” (Heb 13:13-14), es decir, la nueva Jerusalén celestial.

Edwards recurría a la experiencia de los santos en el cielo para reforzar su convicción de que la esencia de la verdadera religión consiste en la santidad de nuestros afectos. Su punto era que

la mejor manera para descubrir la naturaleza por excelencia de algo es mirar atentamente al lugar donde se encuentra este algo en su expresión más pura y sublime. Por tanto, para conocer la verdadera religión, debemos ver su expresión celestial.

Si algo podemos aprender del estado del cielo a partir de la Escritura, es que el amor y el gozo que los santos tienen allí son extraordinariamente grandes y vigorosos; estos producen en nuestro corazón la sensación más intensa y vívida de la indescriptible dulzura que los motiva, anima y atrapa poderosamente, y que los hace ser como las llamas de un fuego. Si tal amor y gozo no son afectos, entonces la palabra “afectos” no tiene uso alguno en nuestro idioma. ¿Se atrevería alguno a decir que los santos en el cielo, al contemplar el rostro de su Padre y la gloria de su Redentor,

y al contemplar Sus obras asombrosas, en especial la entrega de Su propia vida a favor de ellos, no sienten su corazón movido y afectado por aquello que contemplan y sobre lo que atentamente reflexionan?

Quizá la idea más importante de Edwards sobre la realidad del cielo es que la principal característica de este no es solo la presencia del gozo, sino más bien, su incremento creciente y su incesante intensificación. Con el paso de cada momento en la presencia de nuestro Dios trino, podremos ver más y más de Su interminable belleza y majestad. Entonces, con cada nueva revelación, llegará un gozo cada vez más grande y satisfactorio. Este, nos dice Edwards, es un ciclo que nunca terminará. A lo largo de los siglos venideros, por siempre y siempre, seremos los receptores cada instante de un despliegue cada vez más expansivo, más sorprendente, más

fascinante y, por tanto, más disfrutable de la gracia y de la gloria de Dios. Nuestro deleite en Él nunca llegará al punto en el que se haya agotado todo cuanto hay para disfrutar. Si Dios es infinito, nos dice Edwards, entonces también lo son la satisfacción y el placer que vendrán de contemplarlo momento a momento (ver Sal 16:11). En referencia a los santos en el cielo, Edwards dice:

Su conocimiento incrementará por la eternidad y, si así sucederá con su conocimiento, sin duda también con su santidad. Esto es porque, al incrementar en su conocimiento de Dios y de Sus obras, con más claridad verán Su excelencia; mientras más puedan ver Su excelencia... más lo amarán también; y mientras más amen a Dios, más deleite y felicidad... tendrán en Él.

Otra razón más para leer a Edwards con respecto a la majestuosa esperanza del cielo es la manera en la que describe el papel de la música en el siglo venidero. Uno de los mayores gozos del cielo será el sublime sonido del canto de las almas perfeccionadas que entonan alegres alabanzas a Dios. “La mejor, la más hermosa y la más perfecta manera que tenemos para expresarnos unos a otros una dulce armonía de ánimo”, dice Edwards, “es por medio de la música”. Así pues, continúa, en el cielo es probable que “los santos glorificados, después de haber recibido un cuerpo nuevo, tendrán maneras de expresar su armonía de ánimo mediante alguna otra emanación diferente al sonido, la que hoy no podemos concebir, pero que será ampliamente más proporcional, armoniosa y deleitosa que la misma naturaleza del sonido; además, su música sonará en un medio capaz de entonaciones de una proporción infinitamente más agradable, exacta

y precisa que nuestro simple aire, y a partir de órganos mucho mejor adaptados a tales proporciones”. En el cielo, “no habrá cuerda desentonada que altere la armonía de aquel mundo, ni habrá nota desagradable que provoque disonancia alguna”.

Si te está costando trabajo perseverar, si estás al borde del colapso emocional, temeroso de que el futuro no traiga más que descomposición y muerte, sumérgete en esta perspectiva sublime y profundamente bíblica que Jonathan Edwards ofrece de esta esperanza viva (1P 1:3). Quizá descubras que eres de más utilidad en esta tierra, precisamente, por tener la mirada más puesta en el cielo.

Sam Storms  
Pastor principal, Iglesia Bridgeway  
Oklahoma City, Oklahoma

## Prefacio de la serie

JOHN PIPER ESCRIBIÓ UNA VEZ que los libros no cambian a las personas, pero los párrafos sí. Esta concisa afirmación se acerca a la idea central de la serie “Clásicos Poiema”: algunos de los más grandes y poderosos mensajes cristianos son también algunos de los más breves y accesibles. La amplia corriente del cristianismo confesional contiene una asombrosa riqueza de sermones, ensayos, conferencias y otros escritos breves que trascienden las épocas. Estos mensajes han desafiado, inspirado y dado fruto en las vidas de millones de creyentes a lo largo de la historia de la iglesia y en todo el mundo.

La serie “Clásicos Poiema” tiene dos objetivos. Primero, preservar estos breves escritos históricos a través de nuevas ediciones de alta calidad. Segundo, transmitirlos a una nueva generación de lectores, especialmente a aquellos que no estén dispuestos o no puedan acceder a un volumen más extenso. Los contenidos breves son especialmente valiosos hoy en día, cuando el reto de concentrarse en un mundo distraído y en constante movimiento es cada vez más intenso. Los libros de la serie “Clásicos Poiema” presentan la gracia y la verdad penetrantes y centradas en el evangelio a través de un medio conciso y memorable. Al conectar a los lectores con estas obras accesibles, la serie “Clásicos Poiema” espera presentar a los cristianos a esos grandes héroes de la fe que las escribieron, ofreciendo obras representativas que nutren el alma e inspiran a un estudio más profundo.

## *Prefacio de la serie*

Los lectores deben tener en cuenta que la ortografía y la puntuación de estas obras se han actualizado ligeramente cuando ha sido necesario. También se han añadido referencias bíblicas y otras citas cuando ha sido apropiado. Se ha mantenido el lenguaje que refleja el origen de la obra como sermón o discurso público. Nuestro objetivo es preservar en la medida de lo posible el texto auténtico de estas obras clásicas.

Nuestra oración es que el Espíritu Santo utilice estas breves obras para captar tu atención, predicar el evangelio a tu alma y motivarte a seguir explorando el cofre del tesoro de la historia de la iglesia, para alabanza y gloria de Dios en Cristo.



## Breve biografía de Jonathan Edwards

JONATHAN EDWARDS (1703–1758) es considerado por muchos como uno de los más importantes teólogos de la iglesia y, posiblemente, el filósofo religioso por excelencia en la historia de Estados Unidos. Nació en East Windsor, Connecticut, y tanto su padre como su abuelo materno fueron pastores. Ingresó en el Instituto Yale (ahora Universidad) a los trece años y, para los veintiuno, había sido ordenado como ministro (pastor) y contaba con un título de maestría.

Eventualmente, reemplazó a su abuelo como pastor de la iglesia en Northampton. Durante su

época como pastor en Northampton, Edwards se convirtió, por medio de su predicación, enseñanza y escritos, en una de las figuras clave del Gran Despertar, un gigantesco avivamiento religioso que recorrió las colonias inglesas en Norteamérica durante los principios del siglo dieciocho. En 1758, Edwards fue nombrado presidente del Instituto de Nueva Jersey (que más tarde se llamaría Universidad Princeton), un cargo que mantuvo durante tan solo unas pocas semanas antes de su muerte.

En sus amplios escritos y sermones, Edwards combinó su precisión y astucia filosóficas con cálida devoción y aplicaciones espirituales. Enfatizó la soberanía y la bondad de Dios, e insistió en que los seres humanos fueron creados para dar gloria a Dios mediante su deleite en Él. Hoy, Edwards es conocido en todo el mundo por sus excepcionales habilidades intelectuales, por sus

*Breve biografía de Jonathan Edwards*

poderosas y sistemáticas exposiciones teológicas  
y por su predicación piadosa y práctica.



# EL CIELO ES UN MUNDO DE AMOR

*El amor nunca deja de ser. Pero si hay dones de profecía, se acabarán; si hay lenguas, cesarán; si hay conocimiento, se acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, lo incompleto se acabará.*

1 Corintios 13:8-10





DEL PRIMERO DE ESTOS VERSÍCULOS, he extraído ya la doctrina de que el gran fruto del Espíritu, por medio del cual se transmite el Espíritu Santo a la iglesia, no solo temporalmente, sino eternamente, es el amor divino. Ahora, quisiera considerar el mismo versículo en conexión con los dos que le siguen y, sobre estos tres versículos, hacer dos observaciones.

*Primero*, que una de las grandes excelencias del amor es que permanecerá cuando todos los demás frutos del Espíritu hayan terminado.

*Segundo*, que esto llegará en el estado perfecto de la iglesia, cuando lo incompleto acabe y llegue lo perfecto.

Hay, pues, un estado doble de *imperfección* y también un estado doble de *perfección* en la iglesia cristiana. Desde sus inicios (o en su primera etapa), antes de establecerse sólidamente en el mundo y de afirmarse en su estado neotestamentario, y antes de que se completara el canon de la Escritura, la iglesia estaba imperfecta; este era un estado, por así decirlo, de infancia, en comparación con lo que llegaría a ser en su adultez durante los siglos posteriores, cuando debió de haber alcanzado su estado de madurez o de perfección terrenal relativa. Del mismo modo, esta iglesia relativamente perfecta de Cristo, mientras permanezca en su estado militante en esta tierra, es decir, hasta el final de los tiempos, seguirá siendo imperfecta y, por así decirlo, en un estado de infancia en comparación con lo que será en

su estado celestial, que en comparación será su estado de adultez o de perfección.

Así pues, hay un sentido doble en el que los dones milagrosos que aquí se mencionan terminan. El primero fue al final de la etapa de infancia de la iglesia, cuando se completó el canon de las Escrituras y, por tanto, dejó de existir la necesidad de estos dones en la iglesia durante los siglos posteriores, cuando la iglesia misma debió de haber dejado atrás las cosas de niño para avanzar hacia un estado de adultez antes del final de los tiempos, cuando el Espíritu de Dios se derramaría y se manifestaría más gloriosamente en ese amor que es el fruto más grande y eterno. El segundo llegará cuando todos los frutos comunes del Espíritu acaben, con respecto a personas específicas al morir y con respecto a toda la iglesia en el fin del mundo. Entonces, el amor permanecerá en el cielo y, allí, el Espíritu de Dios se

derramará y se manifestará en un amor perfecto en todos los corazones durante toda la eternidad.

En este texto, el apóstol parece referirse a estos dos estados de la iglesia, aunque en especial al segundo. Esto es porque, aunque el glorioso estado de la iglesia en estos últimos tiempos sobre la tierra sería perfecto en comparación con su estado anterior, parece que aquel estado de perfección en el cielo es el que mejor encaja con las palabras de Pablo cuando dice: “Cuando venga lo perfecto” y “porque ahora vemos por un espejo, veladamente, pero entonces veremos cara a cara” (1Co 13:10,12). Entonces, la doctrina que extraigo de este texto es que *el cielo es un mundo de amor*.

El apóstol habla en el texto de un estado de la iglesia cuando esta será perfecta en el cielo y, por tanto, de un estado en el que el Espíritu Santo será dado de manera mucho más perfecta y abundante a la iglesia que aquí en la tierra. Sin

embargo, la manera cómo será dado cuando se derrame tan abundantemente, será por medio de aquel gran fruto del Espíritu: un amor santo y divino en el corazón de todos los benditos habitantes de ese mundo. De manera que el estado celestial de la iglesia se distingue de su estado terrenal, en que es este el estado (en el cielo), que Dios ha designado de forma especial para esta entrega de Su Espíritu Santo en el que será dado de manera perfecta, mientras que en el estado presente de la iglesia (en la tierra) el Espíritu Santo le es dado con gran imperfección. Es también un estado en el que este amor santo será, por así decirlo, el único don o fruto del Espíritu, por ser el más perfecto y glorioso de todos; este, al ser perfeccionado, hará innecesarios todos los demás dones que Dios quiso entregar a Su iglesia en la tierra. Para entender con más claridad en qué sentido el cielo es un mundo de amor santo, consideremos, *primero*, la gran causa y fuente del

amor en el cielo; *segundo*, los objetos de amor que el cielo contiene; *tercero*, los sujetos del amor en el cielo; *cuarto*, el principio del amor mismo en el cielo; *quinto*, las excelentes circunstancias en las que el amor se ejerce, se expresa y se disfruta en el cielo; y *sexto*, los resultados y frutos felices del amor en el cielo.

LA CAUSA Y FUENTE DEL  
AMOR EN EL CIELO

Aquí, hago notar que el mismísimo Dios de amor mora en el cielo. El cielo es el palacio o la recepción del Santo y Sublime, cuyo nombre es Amor, Aquel que es tanto la causa como la fuente de todo amor santo. Dios, en Su esencia, está en todo lugar: Él llena tanto el cielo como la tierra. Sin embargo, en ciertos sentidos, puede decirse que está más especialmente en algunos lugares que en otros. Se habla de cómo moró

en el pasado en la tierra de Israel, más que en ninguna otra tierra; y en Jerusalén, más que en ninguna otra ciudad de esa tierra; y en el templo, más que en ningún otro edificio de esa ciudad; y en el lugar santísimo, más que en ningún otro recinto del templo; y en el propiciatorio sobre el arca del pacto, más que en ningún otro punto del lugar santísimo. Sin embargo, el cielo es Su morada más que ningún otro lugar en el universo, incluidos todos estos lugares que se dice que fueron Sus moradas en el pasado, pero que solo eran tipos, es decir, símbolos que apuntaban al cielo. El cielo es parte de la creación que Dios ha edificado para este fin, para ser el lugar de Su santa presencia y Su morada para siempre; allí, morará y se manifestará gloriosamente durante toda la eternidad.

Esto hace del cielo un mundo de amor, pues Dios es la fuente del amor, como el sol es la fuente de la luz. Por tanto, la gloriosa presencia

de Dios en el cielo llena este lugar de amor, del mismo modo que el sol llena nuestro mundo de luz cuando se presenta en medio de los cielos visibles durante un día despejado. El apóstol nos dice que “Dios es amor” (1Jn 4:8) y, por tanto, ya que Él es un ser infinito, debemos concluir que es también una fuente infinita de amor. Ya que Él es un ser autosuficiente, debemos concluir que es una fuente plena, sobreabundante e inagotable de amor. Y ya que es un ser inmutable y eterno, es también una fuente inmutable y eterna de amor.

Allí, en el cielo, mora el Dios de quien proceden todos los manantiales de amor santo; más aún, de quien proceden todas sus gotas. Allí moran Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo unidos en uno solo, en un amor infinitamente tierno, incomprensible, mutuo y eterno. Allí mora Dios Padre, el Padre de misericordias y, por tanto, el Padre de amor, Aquel que amó tanto al

mundo que dio a Su Hijo unigénito para morir por el mundo. Allí mora Cristo, el Cordero de Dios, el Príncipe de Paz y de amor, Aquel que amó tanto al mundo que derramó Su sangre y entregó Su alma hasta la muerte por el hombre. Allí mora el gran Mediador por medio del cual se expresa todo el amor divino hacia el hombre, por quien los frutos de ese amor fueron comprados, por medio del cual son entregados y por medio de quien se imparte el amor al corazón de todo el pueblo de Dios. Allí mora Cristo en Sus dos naturalezas, humana y divina, sentado en el mismo trono con el Padre. Allí mora el Espíritu Santo, el Espíritu de amor divino, en quien la mismísima esencia de Dios, por así decirlo, fluye y se exhala en amor, Aquel por cuya influencia divina se derrama todo amor santo sobre el corazón de todos los santos en la tierra y en el cielo. Allí, en el cielo, esta fuente infinita de amor (este eterno tres en uno) queda abierta, sin obstáculo alguno

para el acceso de todos, como un manantial que fluye eternamente. Allí se manifiesta y brilla Dios en toda Su gloria en rayos de amor. Allí fluye para siempre este glorioso manantial en torrentes, más aún, en ríos de amor y de deleite, y estos ríos se desbordan hasta convertirse, por así decirlo, en un océano de amor, en el que el alma de los redimidos puede lavarse con gozo dulcísimo y su corazón inundarse de amor.

LOS OBJETOS DE AMOR QUE  
EL CIELO CONTIENE

Aquí, hago notar tres cosas.

1. *En el cielo, no hay más que objetos dignos de amor.* No hay en el cielo ninguna cosa ni persona odiosa, ni indigna de amor ni corrompida. No hay nada en el cielo malvado ni profano. “Jamás entrará en [el cielo] nada inmundo, ni el que practica abominación” (Ap 21:27). No hay

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *El cielo es un mundo de amor*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

[www.poiema.co](http://www.poiema.co)

O comunícate con nosotros al correo:

[info@poiema.co](mailto:info@poiema.co)



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!